

TIPOLOGIA DEL CARDENAL FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS

POR

ANTONIO CASTILLO DE LUCAS

Nueva orientación tiene las modernas biografías con el estudio del tipo y constitución del individuo.

Fundamento. — Los actos de la vida de los hombres depende en gran parte de las reacciones nerviosas, en correlación afectiva con la constitución orgánica, y todo ello exteriorizándose en el tipo; una biografía moderna ha de basarse en estos datos, esto no quiere decir que los demás estudios y métodos biográficos sean despreciables, aunque no estén orientados tipológicamente, pues, desde las más antiguas y las muy eruditas biografías a base de datos o fechas concretas, resultando un verdadero padrón o ficha cronológica, a aquellas otras biografías noveladas en que la fantasía imaginó hechos irreales muchas veces, por la belleza de la forma o el sectarismo, puede servir de verdadero puente, utilizando los datos de ambas que sean verdaderos, para asociarlos y relacionarlos con el carácter de biografiado y su constitución orgánica; con estos datos intentamos hacer brevemente el estudio tipológico en la gran figura del Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

Sería materialismo puro el considerar la tipología del hombre como única razón de sus actos; ello haría que fuera simplísima la vida y el conocimiento del individuo, con sólo estudiar

su constitución orgánica, glándulas endocrinas, reacciones nerviosas, herencia y otras exploraciones más o menos objetivas; hay, desde luego, más, infinitamente más que la biología, cuyos datos experimentales son limitados, ésta es la Psicología, y aun en más elevación la Metafísica; pero, así, y todo, la tipología, ampliamente estudiada, relacionando el psiquis con el soma, es decir, el alma con el cuerpo, y a la luz de la ciencia pura y experimental, determina del porcentaje de observaciones rasgas generales de clasificar los tipos humanos.

Antecedentes. — Siempre fué objeto de muchos estudios por autores antiguos y modernos la relación entre la morfología y el temperamento y carácter, bien en forma parcial, como en los estudios de Gall, examinando la conformación exterior del cráneo y sus medidas, por las cuales definía el grado de inteligencia y condiciones morales del sujeto; bien en su conjunto, como modernamente lo ha verificado Krestchmer.

Clasificación de los tipos. — Con gran amplitud de miras, Krestchmer ha dado una clasificación de tipos humanos muy interesante, y que, desde luego, como hipótesis de trabajo, es eminentemente sugestiva. Clasifica a los hombres en cuatro tipos fundamentales, que son: *picnicos*, *asténicos*, *atléticos* y *displásicos*. Estos dos últimos apenas interesa describirlos en estos momentos; son los menos frecuentes y peor caracterizados; los *displásicos* son casos patológicos, con grandes taras degenerativas, ejemplo de ello son los enanos y deformes que en épocas pasadas, junto con otros seres desgraciados, servían de bufones, que Velázquez immortalizó en sus cuadros, pintando tipos como el del Bobo de Coria, Don Sebastian Morla, etc.; en cuanto a los *atléticos*, se caracterizan por el desarrollo intenso de la musculatura del esqueleto, sobre todo en la parte alta del cuerpo; tienen

formas más o menos toscas o pesadas, cabeza grande y mandíbula prominente; el predominio muscular está sobre su inteligencia; su temperamento es gris, sin dar a la vida afectiva un carácter típico a su constitución.

Tipos fundamentales. — Los tipos fundamentales y del más alto interés son los dos primeros; los *asténicos*, son los tipos cuyo crecimiento es a favor del eje longitudinal; se les denomina también leptosomáticos y longuilíneos; es el tipo flaco, alto, escuálido, piel pálida y seca, hombros y tórax estrechos, brazos enjutos, con manos huesudas, cabeza pequeña, facciones delicadas, nariz afilada, larga y algo corva, cara ovoidea alargada, velludos, cejas pobladas y el pelo de la cara y de la cabeza liso; la calva es desigual, como comida de ratones, no en forma de bola de billar, como la de los *picnicos*; tiene un temperamento esquizoide, son extravagantes, algo insociables, gran excitabilidad, y en la que persisten cuando se impulsan; fríos otras veces, sin variar de carácter, son autistas, es decir, siempre piensan por sí y en sí y obran con arreglo a su criterio, no se dejan sugestionar por el ambiente, son como piedras con aristas que no se desgastan con el roce de la vida; muchas veces son tímidos, por superconcepto de sí mismo y con deseo de estar siempre refugiados en su propio espíritu; parecen orgullosos; sus ideales son siempre, a su juicio, nobles y espirituales. Orgánicamente, están predispuestos a padecer del estómago y del aparato respiratorio, y en las enfermedades mentales tienden a la esquizofrenia o locura juvenil; la sífilis y enfermedades venéreas no predominan en ellos, pues, en general, son continentes y la vida sexual no tienen tan primordial parte como en otros tipos.

Opuesto al tipo anterior es el *picnico*, denominado por oposición brevilineo, pues en el individuo predominan los diámetros horizontales a los verticales; es más bien bajo, de cara ancha,

frente amplia, torax grande, hombros separados, cuello macizo, vientre prominente, cara redonda y angulos suaves, nariz pequeña, ojos brillantes, cejas regulares, vello genital abundante y gran actividad sexual, que constituye para él, junto a los placeres de la mesa, fundamental atracción; al pelo es ondulado en la época juvenil; la calvicie precoz y más tarde la calva, es brillante, como bola de billar; las enfermedades más frecuentes son las derivadas de la supernutrición y excesos sexuales, y en las enfermedades mentales reaccionan bajo su temperamento cicloide, es decir, que por ser eminentemente afectivos ven al compás de los tiempos y de las situaciones, lloran y ríen, participan de los sentimientos ajenos cordialmente; en la vida social son trabajadores, prácticos, flexibles y elásticos como muelles, adaptándose a las circunstancias, sin ideal fijo, pues se dejan suggestionar por el ambiente; son por el contrario a los asténicos, cuyo temperamento los hacia muchas veces «esquinados», unos tipos que vulgarmente se les llama «pancistas», y que, como los cantos rodados, se amoldan y pierden su forma con el roce, por el curso de la vida.

Estos dos tipos fundamentales de pícnicos y asténicos, no se dan en estado de absoluta pureza en la vida normal en su inmensa mayoría los seres humanos pertenecen a tipos mixtos, con predominio mayor o menor de uno o más caracteres de aquellos tipos, y así tenemos una serie de subvariedades que facilmente pueden deducirse.

Modelos cervantinos de tipología. — En todas las obras de tipología, se citan como ejemplo perfecto de estos dos tipos, los personajes fundamentales de la inmortal novela de Cervantes: Don Quijote es el tipo perfecto del asténico; alto e enjuto, facies angulosa, manos huesadas y fuertes, sin apetencia sexual material; sólo le atrae su ideal Dulcinea, a la que no ha visto ni conoce porque no existe más que en su imaginación idealista, no

atiende a su nacienda por ilustrarse en libros de caballería, pasando las noches de claro en claro, y sale al mundo a buscar aventuras, desfacer entuertos y reparar agravios e injusticias; nada le arredra ante su fe ni los golpes ni los fracasos, que siempre atribuye a la venganza de un enemigo invisible; en cambio su escudero Sancho Panza, es el perfecto pícnico: bajo, rechoncho mefletudo y coloradote, de nariz roma, labios gruesos, siempre pensando en la comida y en las goces vegetativos su ilusión es vivir bien y tranquilo, y sus ambiciones, materiales. Sancho se ilusiona o desanima según vea proximo o lejana la posesión de la codiciada insula que quiere gobernar, y, llegando a ella, no siente apego al cargo, ante las privaciones de comida y de tranquilidad; un poema es el abrazo que da a su burro y el perdón que le pide por haberle abandonado cuando se fué de gobernador.

Genotipo de Cisneros. — Tipologicamente, pertenece al tipo asténico que por otros nombres se denomina leptosomatico o longuilíneo.

a) *Herencia.* — Sus antecedentes familiares ya revelan en su madre rasgos de este tipo, no el más frecuente por cierto, en la mujer española, que más bien es picnoide, dentro de la dificultad de clasificar los tipos de la mujer, pues, como dice Marañón, «estos, por la evolución sexual del hombre, son más definidos».

El padre Coloma hace de la madre la siguiente descripción: «Era una anciana de alta estatura, delgada y tiesa como el huso de la rueca; todo revelaba en aquella mujer la perspicacia y entereza de su caracter: sus ojos, hundidos y penetrantes, su nariz corva, como pico de águila; sus labios hendidos, delgados y firmes»; descripción que se ajusta mucho al tipo que tuvo el hijo. En cuanto al padre, no se tiene de él descripción somática,

dicen los cronistas que fué un hidalgo empobrecido, que trasladó su casa desde la solariega de Cisneros, en tierras de Castilla, a pobre hogar en Torrelaguna, desempeñando humilde empleo, circunstancias que inclinan a pensar fuera también de tipo semejante, y, desde luego, la escasez de medios y la nobleza de la cuna más se inclinan hacia lo espiritual tipostenico, que la forma más vegetativa de los pícnicos.

b) *Datos de los cronistas.* — En cuanto a la figura de Cisneros, los datos que proporcionan sus cronistas, que han sido interpretados en marmole y cuadros, — permiten reconstruir con bastante exactitud su morfología, y así de su juventud tenemos datos en este pasaje del padre Coloma, cuando describe su regreso de Roma, interrumpiendo sus estudios para hacerse cargo del cuidado de su madre, viuda recientemente: «*uno mas alto* que los demás abrio se paso entre todos, se acercó a Doña Marina y postrándose a sus pies besolá las manos repetidas veces; conoció ella al punto a su hijo, que habia salido de allí mozo imberbe y volvía ya de treinta años, ordenado como ministro de Dios»; un párrafo despues define la identidad de ambos caracteres: «abrazaronse despues Doña Marina y su hijo, sin lanzar una exclamación ni derramar una lagrima», dato muy significativo del tipo asténico, que es frio y muy diferente del efusivo, cordial y estrepitoso de los pícnicos.

De su madurez hay datos por las descripciones de diversos cronistas, como era su tipo y morfología; tomamos como más precisa la de Quintanilla (Archetipo de virtudes, espeso de preladados, el venerable siervo del Señor, Fray Francisco Jiménez de Cisneros, Palermo, Nicolas Bua, 1653): Fué este señor y venerable cardenal, dicen los testigos de vista, hombre de buena estatura, alto de cuerpo pero enjuto y derecho, todo él muy penitente; el rostro, largo y flaco; color trigueño un poco encen-

dido, de buenas facciones, de nariz grande y afilada, las ventanas algo abiertas, la frente grande, pero sin arrugas, un tantito el sobreceño; los ojos negros no muy grandes y lacrimosos, los labios proporcionados pero el superior predominaba al inferior; los dientes, juntos, si bien los dos principales sobresalían un poco; las orejas, pequeñas y apegadas al rostro; no era cerrado de barba, pero cana; el cerquillo lo hacia siempre muy pequeño y religioso en extremo, del color de la barba, de cabeza amelonada, sin comisuras y el casco empuñado y con punta. «Con estas facciones y gracias naturales que Dios le dió, concluye el maestro Flores de Ocampo, que no era hermoso, pero no fiero, de suyo todo él bien proporcionado con los miembros de cuerpo y cara».

Y a los setenta y tres años, cuando la toma de Orán, escribe el padre Risco: «La figura huesosa y calva del prelado toledano se irguió sobre su mula, y en medio de un silencio de sepulcro dió comienzo a su arenga, y cuyo final fué decirles: «Yo iré con vosotros y me tenire por dichoso de pelear y morir entre los que mueran»; aquellas frases no eran tópicos oratorios, responden a su enérgico carácter y a su espiritual figura.

c) *Informes retrospectivos.* — La capa pluvial y la casulla del terno de Cisneros, en la catedral de Toledo, dan claramente idea de su figura.

Datos objetivos se podrán tener en breve plazo cuando puedan ser examinados los restos esqueléticos del Cardenal Cisneros, que actualmente están contenidos en una arqueta de plata precintada, por estarse incoando expediente de canonización del Cardenal, tramite de este proceso será el examen de los restos para ser considerados como reliquias por la Iglesia y entonces los médicos que intervengan tendrán ocasión de estudiar estos huesos antropométricamente.

Tipos gordos y flacos. — La delgadez como la gordura — en el sentido opuesto — obedecen a dos causas fundamentales,



El Cardenal Jiménez de Cisneros (1436-1517)

unas de origen constitucional o endógeno; en ellas enfluyen mucho las glándulas de secreción interna principalmente el tiroi-

des; otras son de origen exógeno, cual son las producidas por el poco comer y el mucho trabajar. Cisneros participaba de ambas causas. Por herencia, ya lo indicamos como fueron sus progenitores, y en cuanto a los factores extrínsecos, que a su vez repercuten en los internos, la austeridad de Cisneros fué singular, pues en su elevado cargo nunca participó de la comida de Palacio, y en el suyo, ya de Cardenal, tenía la misma frugal comida que sus hermanos de la Orden Franciscana; trabajaba mucho, se levantaba con estrellas y dedicado en las primeras horas a la oración y al estudio, y más tarde a los asuntos de Estado, no tenía un momento de descanso; los viajes los hacía en su mayor parte a pie, y no aceptaba nunca lecho donde reposar, sino acostándose muchas veces en el campo o en los atrios de las ermitas, y no aceptando nunca hospedaje donde hubiese convento de su orden.

El vestido enfluye en la calorificación y el estado nutritivo; la mucha ropa conserva el calor, por impedir la irradiación; pero disminuye la respiración cutánea, que favorece las combustiones y circulación superficial, Cisneros vistió siempre el habito, aun en el mayor cargo; «en nada varió sin embargo, con su nueva dignidad el aspecto exterior de fray Francisco — refiere el padre Coloma — y seguía vistiendo su habito de paño burdo, ceñido con una cuerda de cañamo y calzando unas alpargatas de esparto cuando no llevaba los pies desnudos; solo denunciaba en su persona al arzobispo primado de España un sencillo pectoral de oro, sin piedras ni labor alguna, que le había regalado la reina, y que, pendiente de un cordón negro, sobre el pecho llevaba». Indumentaria que en el verano, a pesar del paño, resulta fresca, por lo poco ceñida y el mucho aire que circula entre las ropas y el cuerpo, y que en invierno resulta desde luego escasa; refiérese que la primera vez que calzó fué en su último viaje, ya para morir, que consentió que le hiciesen unos manguitos y unos medios botines para los pies.

El carácter. — De su enérgico carácter es muestra la prisión que sufrió en Santocaz (Madrid) cuando regresó de Roma, y traía una bula que ordenaba le fuese concedida la primera vacante que le acomodase, y habiendo quedado libre la de Uceda la solicitó para así estar cerca de Torrelaguna, velando por su madre y hermanos; pero al arzobispo Carrillo de Albornoz no le acomodaba concedersela, y así, primero con ruegos y promesas de otros puestos y luego con amenazas, no llegaron a hacerle desistir de su derecho, poniéndole en prisión el arzobispo, y aun preso no quiso pedir clemencia, persistiendo en reclamar dicho curato, y cuando, al cabo del tiempo, la madre, por un familiar del arzobispo, consiguió el perdón y la fué concedida la plaza, tomó posesión y renunció más tarde, «no por el huevo, sino por el fuero», como comenta este rasgo Lúís Santamarina.

¡Qué había de extrañar que aquel valor de enfrentarse un casi misacantano con la primera mitra de España, no fuera una de tantas con la que se puso enfrente de los poderosos!, incluso los Reyes Católicos. pues, cuando, recientemente elevado al arzobispado, hubo murmuraciones de que los reyes habían elegido al frailecico pobre, para así dominar y utilizar las pingües rentas de la mitra, fué directamente a advertir a los reyes, curándose en salud y haciéndose eco del rumor, de que no lo consentiría jamás.

Otro rasgo de carácter lo tuvo con su gran amigo el tesoreo real, que, enterado de lo que vendía los cargos, le pidió las cédulas, leyó y rompió todas y le dijo: «Agradece a Dios, Beltran del Salto, que os tengo por amigo; si no, yo hiciera al rey mi señor que os mandara cortar la cabeza». Y ya con ochenta años tuvo a raya a los regentes que D. Carlos le quiso imponer; y otra ocasión a los nobles que le pedían una vez mostrase sus poderes, y él, por toda contestación, abrió el balcón y les mostro la fuerza que guarnecía la plaza.

Místico militante. — El gran ideal religioso de Cisneros le ha llevado a ser un místico militante, valga el sentido opuesto de las dos palabras, expresando que a la unción religiosa unía la energía para imperarla, sin llegar al fanatismo ciego, sino por la convicción y el estudio de las verdades divinas, única forma de que fuese persistente en el alma del individuo, pues, por el temor, las ideas y los sentimientos no duran más que mientras actúa la causa o el medio de castigo. Cisneros desde muy niño estuvo infundido de gran virtud; su madre, dona Mariana, bien lo dice cuando Cisneros quiere disculpar a su hermano, achacando sus devaneos a los pocos años. «No, en mis días, mi hijo, mancebo fuisteis vos de otra guisa», y ese mismo anhelo religioso revela su carácter esquizotímico, aislándose de otras cosas y de los hombres cuando, muerta su madre y ocupando a la sazón una capellanía en Sigüenza, donde llegó a ser provisor de la diócesis que regentaba Mendoza — más tarde el gran cardenal — dejó tan risueño porvenir por la clausura del convento franciscano de La Salceda, donde se desposeyó hasta de su nombre de pila; Gonzalo, para adoptar el del seráfico titular de su Orden, y allí, en La Salceda e en El Castañar, hubie seguido, si por abediencia no hubiera acudido a la corte; llamado por el cardenal Mendoza para presentarle a la Reina Católica, pues doña Isabel precisaba confesor y no había para Mendoza hombre más sabio y más virtuoso en la época. Véase las condiciones que, tras hacerse rogar, impuso para aceptar: «No vivir en la corte sino en el convento más cercano; ir siempre a pie y solamente con su compañero; pedir limosna de puerta en puerta donde no hubiese convento, y no recibir reacción alguna de Palacio.»

Pero este misticismo es compatible con la energía, y, nombrado visitador de la Orden, y con la influencia de la reina, realizó una reforma austerísima y en sus visitas por los beaterios impuso la práctica de la Santa Regla que estaba bastante abandonada,

clausurando los conventos que le parecían inútiles y trasladando y modificando cuanto le parecía no conforme al espíritu de la Orden.

Nombrado inquisidor en Granada, empleó todos los recursos de predicación, emulación con regalos, y en grado extremo a los castigos que la Inquisición imponía, llegando a hacer millares y millares de conversos; y la toma de Orán, tanto o más que por engrandecer a España, tiene en su fondo el aumentar los fieles de Cristo, y todo ello acompañado de la vida más austera, cumpliendo los más severos ayunos y penitencias hasta el último momento de su vida, austeridad que motivó, por ser excesiva y dar al cargonarzobispal poco esplendor, que el Papa Alejandro VI, por una bula le obligase a vestir mejor y hacer vida más de corte; así y todo, refieren los cronistas que en su palacio tenía una cama con lujoso dosel y debajo una tarimilla, que por la noche sacaba para dormir sobre ella. «La cama, decían los familiares, es la del cardenal de Toledo, la tarimilla es la de fray Francisco».

Desarrollo intelectual.— El tipo astenico tiene preferentes condiciones intelectuales, por el mayor predominio del sistema nervioso; nuestro Cisneros, desde sus primeros estudios, fué distinguido por sus condiciones de inteligencia y laboriosidad, mereciendo por ello la protección de su tío, que le costeó los estudios; luego, en Roma, fué graduado en Teología y Filosofía y perteneció a la Curia, y por su ciencia y virtud fué, como hemos indicado, llamado a ser confesor de la Reina Católica; y de arzobispo de la silla primada realizó su ideal por la cultura, fundando la Universidad de Alcalá: tenía entonces setenta años, y con entusiasmo juvenil, venciendo todas las dificultades imaginables allegó los mejores profesores para explicar en la misma y en poco tiempo la Universidad Complutense compitió con la Salamantina y las famosas de París y Oxford.

Fama que todavía tiene su eco en el extranjero, y lo comprobamos el año 1935; con motivo del X Congreso Internacional de Historia y Medicina, en el que, como acto académico de la solemne clausura, se celebró en el paraninfo de aquella Universidad la imposición de la Beca Cisneriana a muy ilustres colegas extranjeros, doctores en las más famosas Universidades, galardón que estimaron como el mayor honor, vistiendo aquella beca del primer colegio que fundara Cisneros; esta beca de colegial de San Ildefonso es una cinta ancha, encarnada, que se coloca delante del pecho, y los extremos pasan sobre los hombros, cayendo por la espalda; muchas veces pensé en aquella ceremonia y la conveniencia de que el Gobierno diera carácter oficial a esta simbólica prenda de colegial y fuese un honor para los doctores ostentar sobre su muceta y se formase así con los agraciados una Orden o grado honorífico universitario; rememoración de aquellos colegiales eran los infantes seises o niños de coro de la Magistral, que hasta los pasados infaustos años todos los alcalaínos han contemplado con singular orgullo y cariño su paso por las calles, vistiendo el mismo traje que gastaba Santo Tomás de Villanueva, colegial insigne cuya figura decora el patio principal de la Universidad de Alcalá.

En torno de la Universidad se crearon colegios, no sólo para hospedar y dar repaso a los alumnos de las distintas Facultades, sino para albergar a los de las distintas regiones de España que no tenían habitación en la Universidad, y aun había licencia para que los estudiantes pobres que ni en las casas ni en los colegios tenían acomodo, pudieran habitar en cualquier rincón o leonera; eran aquellos estudiantes llamados cameristas, que habían de buscarse la comida donde la hubiese. ¡Cabe mayor amplitud y deseo de abrir la Universidad, *urbi et orbe!*

Otra obra cultural inmensa fué la edición de la Biblia Poliglota, utilizando los sabios profesores con que contaba la Uni-

versidad y acopiando todos los libros sagrados y versiones bíblicas que pudo encontrar, resultando una obra de extraordinaria importancia histórico-bibliográfica, hito histórico y cultural. Gloria de Alcalá es, además, por esta obra principalmente el haber sido una de las primeras ciudades en que se implantó la imprenta (1502), veintisiete años después que en Valencia, que fue la primera que la tuvo en España. Interantisimos datos sobre la imprenta en Alcalá pueden leerse en el folleto de D. Francisco Huerta Calopa (1936), y a propósito de la Biblia Poliglota Complutense refiere curiosos pormenores de su impresión realizada por Arnaldo Guillermo de Brocar, llamado por Cisneros para llevarla a efecto, fundiendo para ello los tipos, y incluso se cuenta que para su labor cedió su propio palacio; refiérese que cuando el hijo de Brocar le presentó el primer ejemplar que salía de las prensas, exclamó: «¡Gracias a Dios ya puedo morir tranquilo!» Hoy podemos admirar uno de sus tomos en la Exposición Cisneriana de la Universidad Central; horror da contemplar otros destruidos casi totalmente por el fuego y la barbarie roja. De esta obra, para nuestro fin caracteriológico, sólo diré, que Cisneros, ya setentón estudiaba hebreo y llegó a dominarlo, colaborando personalísimamente en las versiones de esta lengua de la Biblia Complutense.

Por su amor a la ciencia valoró cuantos libros se relacionaban con la Medicina y las Ciencias Naturales, y así, libró del fuego cuantos libros árabes recogió en Granada y que no afectaban a la religión, y lo mismo hizo al regresar de la conquista de Orán, pues, junto a los cerrojos de la Alcazaba, trajo como único botín libros árabes para su querida y naciente Universidad.

Enfermedades. — Por los datos psicológicos y somáticos antedichos se confirma que el tipo leptosomático o asténico de

Cisneros es de la variedad fuerte, pues existe otra que es débil o floja, en la que psicológicamente el carácter y la actitud para el trabajo es de apatía extremada, y la constitución física mucho más débil; pero esta forma de Cisneros es la enérgica, de un coeficiente de salud y resistencia física muy considerable, siendo por ello, en su mayoría, longevos; la misma auteridad les aleja de enfermedades de la nutrición, que tan frecuente son en los pícnicos, sobre todo a gota, pues, alejados de placeres de la mesa y sexuales, y por otro lado, dado el ejercicio físico que realizan, están más exentos de estas enfermedades y explican esta salud resistente, sin el aspecto florido y exuberante de muchos pícnicos y obesos.

Juan de Vallejo, que fue un familiar de Cisneros, que le acompañó durante gran parte de su vida, describe en su Memorial (Memorial de la vida de fray Francisco Jiménez de Cisneros, prólogo y notas de Antonio de la Torre, 1913), tan sólo dos enfermedades: una en Granada, no bien definida, que le duró más de una cuarentena, sin aportar más datos que un gran estado de desnutrición y fiebres; pero tratado por los médicos de la época, baños, sangrías, y purgas, no era de extrañar fuera desnutriéndose más y más, y explica al éxito curanderil de una morisca que aconsejó no haber nada, sino aplicar un simple unguento y pasear junto al río Darro, cuyos aires eran muy frescos y sanos, «y su señoría, haciendo este ejercicio, se vio en poco tiempo del todo libre», elogio a la medicina natural y a su constitución.

Otra enfermedad que tuvo Cisneros, debió ser una bronconeumonía, cuya evolución fue rápida, y en ninguna crónica se describe trastornos producidos por repetidos intentos de envenenamiento que, según algunos cronistas intentaron sus enemigos producirle por medio de alimentos, y que el conde de Cedillo, en su documentalísima obra niega seriamente.

Por último en sus biografías se encuentran algunos datos acerca de su última enfermedad; su flaqueza era tan grande, que parecía un muerto; llevaba siempre en las manos una bola de metal caliente, para que no le entumecieran; era tiempo muy frío, y el cardenal, por su avanzada edad, caminaba en litera por tierras castellanas para salir al encuentro de Carlos I; en Roa aumentó su mal, las manos se le llenaron de panadizos que vertían materia, tenía fiebres elevadas y una úlcera en la cabeza, con abundante secreción todo hace pensar una septicimia y en trastornos vasculares intensos, con fenómenos tróficos, y así expiró cumplidos los ochenta y un años.

El paratipo. — El genotipo es la forma constitucional hereditaria; el paratipo es el resultado de la modificación ambiental y educativa; el fenotipo es la resultante de la relación de ambos; por eso se explica que existen hombres malos y hombres buenos en todos los tipos, pues las virtudes y los vicios arraigan en unos y en otros; dos príncipes de Iglesia, somáticamente iguales, asténicos: Cisneros y el cardenal Richelieu, tienen personalidades morales tan distintas dentro de la característica ración unilateral e inmovible, como corresponde a los temperamentos esquizoides; es el mismo terreno, con distinta semilla, pero fructificando siempre con firme carácter aquella que arraiga.

Espiritualidad y muerte de Cisneros. — Hombre espiritual por excelencia, no podía, ni aun en sus últimos momentos, en que ya su riego cerebral sería deficiente, dejar de poner el sello de su carácter, «genio y figura hasta la sepultura», dice el refrán castellano, y así días antes de morir hizo su testamento, y como en sus epístolas dice Plinio el Mozo «el testamento de cada uno suele ser espejo de sus costumbres», así fué el del cardenal, dejando dotadas fundaciones y obras pías con mandas y limosnas, quedando

como universal heredera la gloriosa Universidad Complutense; declaró ante Dios no saber defraudado ni un solo maredivi, ni para sus parientes ni para sí; la rectitud de su vida y pobreza en que vivió dentro del mayor poderío pregonan su humildad para Dios, rayana en santidad, y los altares estarían, de haber continuado su proceso de beatificación, que inició su agradecida Universidad; y que ahora se ha vuelto a invocar más con los hombres fué siempre tan digno, que algún malévolo lo interpretó por soberbia, y es que el cumplimiento de su deber y la rectitud de su justicia no se doblegaban jamás; por eso, mucho influyó en su muerte aquel cierto desden de Carlos I, joven entonces y casquilucio, manejado por enemigos del Cardenal, dice Santamaría, y sobre todo, la decepción que debió producirle aquella carta en que el joven emperador le escribe a Cisneros invitándole a descansar, carta que para muchos cronistas no llegó a leer, pero que fué presentada, y así aumentando con esta depresión moral su estado de agotamiento físico, entregó su alma al Señor a los ochenta y un años en Roa, un domingo 8 de Noviembre de 1517.

Su cuerpo fué traído a Alcalá, cumpliendo su testamento, para enterrarle en la Universidad; y en la capilla del Colegio Mayor de San Ildefonso permaneció muchos años, hasta que por su estado de abandono se acordó trasladarle a la Magistral, donde en magnífico sepulcro de mármol de Carrara, labrado por Domenico Fancelli, y concluido por Bartolomé Ordóñez, ha permanecido hasta que la horda roja profanó sus gloriosos restos. Providencialmente se conservan, y como sagradas reliquias han de venerarse.

Homenaje. — Todos los honores los merece la gloriosa figura histórica del cardenal Cisneros, perla de la España imperial, a la que perteneció, y que ahora remanece por la voluntad de nuestro Caudillo Franco, y la obediencia y unión de los buenos españoles.